

648309
RC0259001

Con las Obras Completas de Pablo Neruda en cinco volúmenes (5.600 páginas), editadas en España por *Galaxia Gutenberg* y *Círculo de Lectores*, el profesor y crítico chileno y talagantino Hernán Loyola ha dado un paso más en la misión imposible que emprendió hace medio siglo: publicar todos los escritos de Neruda, estableciendo la fecha y el lugar donde escribió cada uno de los poemas, prólogos, discursos, artículos, cartas y entrevistas, que componen su oceánica producción.

En 1973, la Editorial Losada de Argentina publicó las Obras de Neruda (sin el engañoso adjetivo "completas") en tres volúmenes. Formaba parte de esta edición una bibliografía completísima, una lista exhaustiva de estudios sobre su poesía y una cronología de su vida, todo, producto de los trabajos de Loyola.

En 1987 apareció la edición crítica de "Residencia en la Tierra", de Hernán Loyola, obra académica rigurosa, bajo el sello de la prestigiosa Cátedra. En ella el autor analiza los poemas de Residencia, compara diversas versiones de ellos y publica además una cronotopología, tentativa de fijar las fechas y los lugares en que se escribió cada poema de esta obra fundamental.

Hace unos cinco años, a sugerencia de Octavio Paz, Galaxia Gutenberg emprendió la tarea de editar las nuevas obras, ahora sí completas, del poeta chileno. Fue un largo y difícil proceso, no sin conflictos: la edición estuvo inicialmente a cargo de Víctor Farías, a quien se atribuyó la calidad de "nerudólogo". Su proyecto de prólogo general, de tono arrogante, exhibió ignorancia de aspectos esenciales de la obra de Neruda, a quien definió como "nihilista". Fue defenestrado.

En el trabajo posterior llevaron el peso principal el editor general, el poeta colombiano Nicanor Vélez, y Hernán Loyola. Los prólogos fueron escritos por Enrico Mario Santí, Saúl

Yurkievich, Joaquín Marco y Loyola. Inicialmente se proyectaron cuatro volúmenes, pero finalmente se publicaron cinco, para dar cabida a la enorme cantidad de textos nerudianos ignorados o poco conocidos, que salieron a luz en el curso de la investigación.

Podrían ser más en el futuro, porque siguen surgiendo cartas, notas, poemas o versiones diferentes de poemas conocidos, artículos o discursos nunca antes publicados en libros o sólo en ediciones confidenciales. La tarea es de nunca acabar.

Para Hernán Loyola, que ha enfrentado estas Obras Completas como una obsesión, una misión religiosa y la coronación del sueño de su vida, la conciencia de que nunca podrá dar por agotada la tarea podría ser motivo de angustia. No se le nota. Mas bien, pareciera que se complace y se engollosina con la aparición de cada nuevo fragmento de Neruda y al hacerlo se siente *evidentemente empeñado en su deber original*.

La vida de Hernán Loyola ha sido una sucesión ininterrumpida de aprendizaje desde la escuela parroquial de Talagante, pasando por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, el Instituto Zambrano y el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. En los años



La obsesión de Loyola

José Miguel Varas

posteriores, a partir de los 50, se dedicó a la docencia. En los últimos 20 años la practicó en la Universidad de Sassari, isla de Cerdeña, Italia.

De sus compañeros del primer año del Pedagógico (en la casona hoy desaparecida en la Avenida Cumming con Alameda, después en Macul con Grecia) recuerda especialmente a Gastón Carrillo, a Carlos Orellana y a Yerko Moretic. Cuando se aproximaba a la etapa final de los estudios de pedagogía en castellano, su profesor Juan Uribe Echevarría le preguntó cuál iba a ser el tema de su memoria.

— Góngora.

— Mira, cabro, si haces tu memoria sobre Góngora, por buena que sea, siempre será inferior a otras. Llegarás placé. Más bien métete con la obra de un autor más reciente, que haya sido poco estudiado.

Loyola vio la luz y dedico su memoria al "Canto General".

En 1952 participó en la concentración final de la candidatura presidencial de Salvador Allende (la primera de las cuatro), en Talagante. Se había decidido hacer un desfile callejero que culminara con un mitin en la plaza.

— Cuando llegó el candidato —evoca Loyola— las huestes de sus partidarios éramos cinco o seis. Alguien dijo,

desalentado: "La gente no responde. Hagamos una reunión entre nosotros". Allende replicó: "Nada de eso. Agarren el megáfono y ¡a la calle!". Iniciamos el desfile por el medio de la calzada, como canutos, poseídos de una fe inexplicable. Nuestro grupo había aumentado a nueve. La gente acudía a escucharnos, se detenía en las orillas de las veredas y formaba un marco amistoso para nuestra esmirriada marcha, incluso con

aplausos de vez en cuando. Allende, orador de garra, recibió muchos más con su discurso.

El estudio de la obra de Neruda, con quien estableció una relación de amistad a partir del regreso del poeta del exilio, en 1952, consumió desde entonces sus mejores energías. Paso a paso, a veces con avances milimétricos, se convirtió en un erudito nerudiano de armas tomar y celebró como victoria cada nuevo descubrimiento, a veces sobre asuntos marginales. Por ejemplo, estableció que fue Miguel Prieto, un pintor y artista gráfico español muy quitado de bulla, el inventor del famoso símbolo o "logo" que acompaña desde los años 60 las ediciones de Neruda: un pez en el interior de dos anillos armillares.

Pero no se limitó ni se contentó con estos hallazgos de detalle, en definitiva secundarios. Nunca dejó de reflexionar, en un proceso de profundización sucesiva, sobre la continua evolución del poeta, en el marco de un siglo turbulento y cambiante, y sobre los significados últimos, la trascendencia de su poesía. La erudición y la reflexión de Hernán Loyola están presentes a cada paso en estas *Obras Completas*, las más completas hasta ahora, pero seguramente incompletas frente a la producción de Neruda, que se parece al infinito.